

1845 á esto sin duda se debe el que, establecida allí la Compañía, lejos de experimentar las contradicciones que hemos comenzado á ver en Medellín y en Bogotá, fué siempre el objeto del amor y veneración de los Popayanenses, y los Jesuitas pudieron desplegar su celo con no menos fruto que libertad, durante los cuatro años que allí permanecieron.

Con la traslación del Noviciado quedó desocupada la casa de la Tercera Orden y los PP. reducidos á su Colegio incoado de que arriba hablamos. Entonces pudo el Sr. Arzobispo completar sus planes: consistían estos en trasladar el Seminario Mayor á la Tercera Orden, para dejar más espacio á la numerosa juventud que deseaba educarse bajo la dirección de la Compañía: entregar la Iglesia de San Carlos á sus antiguos dueños, aunque conservando el Seminario la propiedad, como también de todo el edificio, «lo cual se expresa sólo por respeto al Gobierno» advertía el Prelado en su proyecto de contrato: independizar á los PP. de la pesada servidumbre secular y sobre todo contar con celosos operarios y experimentados institutores. El contrato celebrado entre el Sr. Arzobispo y el P. Superior lleva la fecha de 31 de Julio, día del Santo Fundador de la Compañía, cuya fiesta se celebró con gran solemnidad en la que podemos llamar su Iglesia propia.

32.—Fin del curso y nuevos proyectos en Medellín y Antioquia.

32)—Las cosas de Medellín continuaban en el mismo estado de indecisión y de lucha. El P. Lainez con su incansable celo atendía á todos los ministerios, captándose cada día más la estimación y respeto de toda clase de personas y constituyéndose por lo mismo en blanco especial de los tiros de los enemigos. Los PP. Freire y Amorós preparaban á sus discípulos para los exámenes públicos y privados con que debían terminar el curso y con él aquel cargo que por razón de las circunstancias ya referidas, tan á pesar suyo desempeñaban. Esta era también la voluntad del

R. P. Superior, el cual llamaba al P. Amorós para el Seminario de Bogotá, significaba su intención de 1845 destinar al P. Lainez á Popayan, y el P. Freyre debía aguardar á los compañeros, que á costa de los Medellínenses debían venir de Europa para establecer allí una residencia ó hacerse cargo del Seminario de Antioquia, que con muy buenas condiciones ofrecía su Obispo el Sr. Gómez Plata.

Llegó el mes de Octubre y se dió lugar á los exámenes de los pocos discípulos del Colegio Académico, que cuidadosamente preparados por los PP. dieron muy buenas muestras de sí en público y en privado, admirándose el numeroso concurso de tanto y tan real aprovechamiento en tan poco tiempo adquirido, no menos que de las buenas notas arrancadas en fuerza de la justicia á dos de los más acérrimos enemigos de la Compañía, señalados por examinadores oficiales. Así terminó felizmente aquel simulacro de Colegio, y ambos PP. pusieron desde luego la renuncia de sus respectivos cargos ante el Gobernador de la Provincia, Dr. D. Mariano Ospina, el mismo que siendo Ministro de Gobernación había entendido tanto en la venida de los Jesuitas de Europa, como en la entrega del Colegio Académico.

Era el Dr. Ospina, hombre de raro mérito, pero incomprendible, dice un escritor, porque su reserva era de tal condición, que ni daba entera confianza, ni se veía cómo poder negársela con justicia. Su semblante siempre sereno y como impasible, sus palabras pocas y en tono moderado, no dejaba traslucirse su vasta instrucción, sino cuando se le consultaba sobre asuntos determinados. Vestía con sencillez, y ajeno á todo lujo y ostentación, ni ambicionaba riquezas, ni aun manejaba sus pocas rentas: buen esposo, excelente padre de familia, no se le podía tachar de ningún vicio en su vida privada. Aunque en su juventud se embebió en los errores de la filosofía alemana, como

1845 hombre de verdadero talento reconoció por sí solo su falsedad y de palabra y por escrito los impugnó, sin dejarse dominar de la irreligión, efecto inmediato de tales doctrinas. En fin, impasible á las alabanzas y vituperios, de gran valor y presencia de ánimo, no se avergonzaba de aparecer en público como buen cristiano, ni se le conocía más aspiración que al bien de la patria. Sin embargo, en su larga carrera de hombre público, todos sus contemporáneos tachaban en él dos defectos: una extrema reserva que le hacía decidir los negocios sin consultar con nadie, y un prurito por reglamentarlo todo tan minuciosamente, que venía á embrollar el curso de los asuntos.

Recibida, pues, la renuncia de los PP., el Dr. Ospina, que parecía estar aún como en observación de los Jesuitas, calló por de pronto, acaso para discurrir despacio sobre el proyecto que meditaba; pero urgido de nuevo, trató de persuadirles amigablemente que continuaran en el Colegio con sus cargos, y no pudiéndolo obtener, pidió que á lo menos no dejara el P. Freire su título de Rector, mientras acudía á Bogotá, ó se encontraba un sujeto digno que le sustituyera. No pudo negársele esto segundo que por de pronto no parecía llevar consigo compromiso alguno. Deseaba muy eficazmente el buen Gobernador que la capital de su provincia no careciera de un establecimiento donde los niños recibieran una educación sólida, y no veía por otra parte cómo satisfacer su patriótico deseo, sino poniéndolo en manos de la Compañía, mediante un contrato formalmente autorizado con la Subdirección de Instrucción pública. Presentó, pues, las bases, según las cuales la Compañía, quedando libre para el nombramiento de Superiores y Profesores, y en el uso de las rentas, debía comprometerse á poner desde luego clases de todas las asignaturas que hoy comprende la segunda enseñanza. Remitido el proyecto á Bogotá, el Superior de la Misión no lo aprobó, sino

que lo devolvió reducido á estos dos puntos: 1.º Dése á la Compañía el edificio con todos sus enseres, rentas y propiedades. 2.º La Compañía añadirá cada año una clase nueva según lo exija el adelanto de los alumnos y estado de las rentas. En realidad, supuestas las circunstancias y el sistema de gobierno, ni aún esto podía llevarse á efecto con alguna garantía de seguridad. De qué podía servir cerrar un contrato con el Gobierno que entonces existía, si el que siguiera después de cuatro años podía anular todos los actos de su predecesor? Y aún más: cómo formalizar un contrato con la dirección de estudios de una provincia, si éste debe llevar la aprobación de las cámaras provinciales que tienen poderes absolutos y se cambian anualmente? Tal inestabilidad de parte del Gobierno general y particular de las provincias no permitían llevar á cabo ningún plan en que hubieran de tomar parte los poderes públicos. Muy pronto lo experimentó el Dr. Ospina, quien preocupado con sus rectas intenciones y patrióticos deseos, sin fijarse en las dificultades que podían ofrecérsele, presentó francamente á las cámaras su proyecto de Colegio, en el mensaje que como Gobernador debía presentar. Y ¿qué pasó? Lo que era de esperarse: los enemigos de la Compañía, muy numerosos en aquel Congreso, levantaron horrible clamoreo, reprodujeron todas las calumnias y sandeces propaladas antes por «los Amigos del País», los buenos intimidados enmudecieron, y todo aquel negocio quedó completamente paralizado.

Mientras esto pasaba en Medellín, el Sr. Obispo de Antioquia instaba una y otra vez á los PP. para que se hiciesen cargo de su Seminario.

Muy á raíz de la Misión dada en esta ciudad, el Municipio había dirigido una nota oficiosa suplicando á Su Señoría que entregara á los Misioneros su Seminario, para que toda la juventud gozara de su enseñanza, y ahora aprovechaba diestramente aquella

1845 situación para satisfacer los justos deseos de su grey. Les ofrecía entregarles el edificio, que era el antiguo Colegio de la Compañía con su hermosa Iglesia, rentas muy suficientes, libertad completa para regentar el Colegio según el sistema de la Compañía y sólo imponía seis becas gratuitas para niños pobres. Hacia los principios de Diciembre marchó el P. Amorós á Bogotá con la comisión de informar al P. Superior de la pretensión del Obispo de Antioquia y de todos los demás negocios relativos á esta Provincia. Entretanto, como la última orden recibida era la de ir preparando los ánimos para salir de ella, los PP. Freire y Lainez se retiraron á Copacabana á dar una misión á aquel pueblo laborioso, amigo de la paz y del orden y cuyo excelente párroco D. Indalecio Megía ofrecía 10.000 pesos y una buena casa para dar principio á la fundación de un Colegio. Se dió la misión con el acostumbrado fruto y volvieron á Medellín, pensando más bien en su vuelta á Bogotá que en Colegios ni Misiones, y no era para menos, pues la debilidad é indecisión de los amigos y la osadía de los enemigos no permitían augurar nada sólido y estable.

33.—Conclusión del curso en Bogotá. Traslación al Seminario.

33)—En Bogotá continuaban los PP. trabajando cada vez con mayor fruto en toda clase de ministerios. A principios de Noviembre después de los exámenes privados que dieron los alumnos de las dos clases, á toda satisfacción, se les despidió sin más aparato hasta el curso siguiente que debía comenzarse en Enero. Desembarazados del cuidado de los niños, á petición del Sr. Arzobispo fueron algunos PP. á examinar á los Seminaristas, é igualmente á la Universidad por invitación oficial del Gobierno. Ambas autoridades, como era razón, mostraban á los Jesuitas el aprecio que se merecían sus trabajos en favor de la moralización de las costumbres, base de la paz, del orden y del verdadero progreso en todo país. Mas los demagogos no podían llevar esto en paciencia, y á más no

1845 poder, comenzaron á publicar un periódico titulado «La Noche» sin más objeto que denigrar la conducta de los Jesuitas, á quienes se insultaba con todo descaro. Tomaron á su cargo la defensa el Sr. Inter-nuncio, el Sr. Arzobispo y el célebre Historiador y Publicista D. José Groot, quienes en unión del Padre Superior y del P. Gomila acordaron la manera de responder é imponer silencio á los calumniadores. A los tres días comenzó á salir al público «El Día», refutación de todos los dislates de «La Noche», que al fin hubo de esconderse y ocultarse en su manto de tinieblas.

Desocupado ya el Seminario con la salida de los alumnos á vacaciones, los PP. tomaron posesión del edificio y trasladaron allá su habitación. Es este el antiguo Colegio Máximo de la Provincia del Nuevo Reino de Granada, que después de 80 años volvía á hospedar á sus primitivos dueños: motivo de dulce consuelo sería este para los nuevos huéspedes, si el cambio de los tiempos y la constitución política de aquel país pacífico y floreciente en siglos pasados, no les hiciera temer la poca duración de su nueva morada y de los trabajos que iban á emprender en ella. No obstante, como ya la experiencia ha ido enseñando á los hijos de la Compañía restaurada que deben sobreponerse á la inestabilidad nativa de las sociedades del siglo XIX en todo el mundo, aquellos excelentes Jesuitas se entregaron al nuevo trabajo, como si nada hubiera que temer.

Era el mes de Diciembre y la afluencia de confesiones era tal, que parecía hallarse aquella capital al fin de una fervorosa misión: los ejercicios del clero encabezado por el Arzobispo, la pomposa función de la Inmaculada Concepción titular de la numerosísima Congregación de artesanos, y al mismo tiempo el trabajo de modificar y preparar el Colegio para el próximo, curso traían á los pocos PP. en extremo

1846 fatigados. Serviales de alivio la esperanza de los nuevos operarios que el R. P. Morey, Vice-Provincial de España, anunciaba ya próximos á embarcarse, y apoyados en tal promesa, se distribuyeron interinamente los cargos relativos al Seminario.

34.—Ábre-
se el
Curso el 2
de
Enero de
1846.

34)—El 2 de Enero era el día destinado para la apertura del curso. Muy puntualmente se presentaron á las puertas del Colegio más de 100 alumnos externos, aumentándose cada día más, hasta el grado de tener que despedir no pocos porque el local no era capaz de tanta multitud, faltando aún los internos que, á causa de las obras no concluidas todavía, fueron llamados más tarde. Este entusiasmo de la juventud por nuestros estudios causó gran disgusto á los de la Universidad que trataron de tomar represalias de mala ley, negando la matrícula á nuestros discípulos, ultrajándoles de palabra, y poniendo cuantos obstáculos estaban á su alcance á la marcha del Colegio. Añadióse otro motivo de celos (por no darle otro nombre) y fué el haber nombrado el Gobierno al P. Gomila profesor de física y matemáticas; pero á pesar de todas estas contradicciones ya antes previstas, atendido el estado moral y científico de aquel establecimiento, el Colegio ya completo con los internos siguió su marcha regular, ajustada en un todo al *Ratio studiorum* y al sistema practicado por la Compañía en todos sus establecimientos de enseñanza. Pero volvamos á Medellín.

35.—Prin-
cipios
del
Colegio
de
Medellín.

35)—Los informes detallados que el P. Amoros dió al P. Superior sobre el estado de las cosas en la Provincia de Antioquia, le hicieron cambiar de resolución, y escribió á los dos PP. dejando á su prudencia el trasladarse á la ciudad episcopal ó el permanecer en Medellín, pero en ninguna manera regentando el Colegio Académico. Esta orden sirvió al P. Freire para deshacerse del título de Rector, que sólo por complacer al Doctor Ospina conservaba.

1846 Quien quiera que lea la multitud de notas oficiales, cartas privadas, proyectos de contrato sobre el Colegio Académico, admirará la tenacidad del celo del Doctor Ospina, y la prudencia y firmeza del P. Freire, que no se dejaba comprometer. Tuvo éste que poner por tercera vez la renuncia obligado por su mala salud para que se le admitiera, no sin disgusto, abandonando por fin aquel Colegio, causa de mil desazones, y pasando á habitar en una casa que les proporcionaron sus amigos, situada cerca de la Iglesia de San Francisco.

Mas era preciso tomar por fin una determinación definitiva. Les atraían á la ciudad de Antioquia las grandes ventajas que produce á la Iglesia la sólida educación del clero, la paz y quietud de aquel pueblo en su totalidad amigo de la Compañía, la amplitud de la Iglesia y edificio, capaz de mejorarse más, la seguridad de las rentas; pero en cambio la ciudad está situada muy fuera del centro de la Provincia, su clima demasiado ardiente favorece poco las tareas escolásticas, y retraería á muchos de ir allá; la emulación en fin, impediría que los de Medellín y otras poblaciones importantes enviaran sus hijos. La capital fuera de su buen clima, situación central, mayor influencia en toda la Provincia y afecto de la mayor y mejor parte de sus habitantes á la Compañía, ofrecía dos motivos muy poderosos que decidían en su favor á los dos celosos Jesuitas: el mayor peligro que corría la fe y piedad de aquel pueblo, si se le abandonaba á los propagandistas de los errores modernos, que, como hemos visto, trabajaban porque se les dejase el campo libre para sus diabólicas maniobras y la probabilidad de volverse hostil á los PP. no más que por espíritu de emulación y antagonismo con Antioquia. Pero ¿qué hacer? Ni casa, ni rentas, ni fondos para subsistir, ni entre la gente acaudalada se hallaba quien diera un paso eficaz para una empresa en que se interesaba el

1846 bien religioso y social de aquellos pueblos. Sin embargo, renunciado el cargo del Colegio Académico, no había título para vivir allí más tiempo, era preciso dejarlo del todo. Esto y el peligro de que los Padres viéndose en aquella especie de abandono por la apatía de los Medellínenses, se resolviesen á marchar á Antioquia, hizo entrar en calor á algunas personas celosas: alquilaron una casa bastante capaz y cercana á San Francisco, cuyo cargo conservaban los Padres, organizaron una junta con el título de «Sociedad protectora de la buena educación» y comenzaron á arbitrar recursos para sostenerlos á lo menos mientras se abría otro camino más amplio. Es cierto que la tal junta duró muy poco, en tanto que la contraria de «los Amigos del País» se conservó largo tiempo á pesar de los sacrificios pecuniarios que exigía á sus miembros; sin embargo, prestó dos servicios importantes: el remover un poco la indolencia de los buenos reanimando el espíritu decaído, y el hacer que los PP. tomasen la resolución definitiva de permanecer en Medellín. Para no dejar por otra parte desairadas las generosas proposiciones del Sr. Obispo de Antioquia, creyó oportuno el P. Freire representarle la conveniencia de dividir, como lo había hecho el Arzobispo de Bogotá, el Seminario mayor, del menor, estableciendo este en Medellín. No disgustó al Prelado la proposición, mas algunos malcontentos, creyéndole de buena ó de mala fe autor de ella, la tomaron como pretexto para atacarle, originándose no pequeños disgustos, que los PP. lograron por fin arreglar, descubriendo ser ellos los que habían iniciado la idea, que sin preverlo, había causado tan desagradables resultados.

Teniendo, pues, casa, y entreviendo algunas esperanzas para el porvenir en vista de la actividad que comenzaban á desplegar los buenos en Medellín, sabiendo por otra parte que no tardarían en llegar los

1846 PP., cuyo viaje habían costado aquellos mismos Señores, abrieron dos clases de alumnos externos, los mismos, y algunos más, que habían comenzado á educar en el Colegio Académico, pagando una módica pensión, la cual cesó poco después, cesando la necesidad que á pesar suyo les había obligado á exigirla. La generosa decisión de los dos Jesuitas para echarse á costas la carga de la enseñanza sobre la que ya pesaba sobre sus hombros, teniendo que atender solos como habían quedado á toda clase de ministerios espirituales, estimuló más todavía á algunos caballeros celosos por el bien de su patria. Don Juan Berrio, á quien ya conocemos, desentendiéndose de la Junta, cuya falta de actividad la nulificaba por completo, se unió con otros tres amigos suyos de sus mismas ideas y de regular fortuna para la empresa de dar estabilidad á los PP. en Medellín. Trataron desde luego de comprar por cuenta suya ó edificar una casa que pudiera irse ensanchando según lo fueran exigiendo las necesidades del Colegio, y se fijaron en el edificio situado en el ala derecha de San Francisco, que, como dijimos, había comenzado á edificar el P. Cerna, y cuyas paredes se conservaban en buen estado; mas los enemigos de la Compañía procuraron con destreza que se le evaluara en un precio tan exorbitante, que les hiciera desistir de la compra, como en efecto lo consiguieron. Pusieron entonces los ojos en la casa que habitaban ya los PP. que ofrecía la ventaja de tener un solar muy capaz para añadir nuevas construcciones, y la compra de esta se logró con toda facilidad. La escritura se firmó el 19 de Marzo, por lo que el nuevo Colegio recibió el nombre de San José.

36)—Entretanto que los PP. de Bogotá y Medellín luchaban con las dificultades propias de toda fundación y con los enemigos que oculta ó descaradamente les hacían la guerra, en Popayan al abrigo de aquel religiosísimo pueblo y su celoso Pastor disfrutaban de

36.—Llegan nuevos misioneros á Bogotá y Medellín.